

EL MODELO NO DUAL DE COGNICIÓN

Enrique Martínez Lozano

Los humanos no sólo usamos diferentes idiomas lingüísticos, también se dan muy distintos “idiomas culturales”, cuyas diferencias se acentúan en la medida en que se suceden las épocas históricas.

Un “idioma cultural” es un filtro, un marco, a través del cual vemos la realidad. Porque nuestro acercamiento mental a lo real nunca es neutro ni inmediato, sino condicionado o mediado por aquel “idioma” que tenemos internalizado. Del mismo modo que nadie puede decir una sola palabra coherente al margen de un idioma lingüístico –incluso aunque no conozca nada de la gramática del mismo-, tampoco podemos tener un solo pensamiento al margen de un “idioma cultural”. A este último lo llamamos **paradigma**. De manera que **todo acercamiento mental a la realidad y toda afirmación racional son deudores de un paradigma determinado**. De ahí, la certeza del dicho: “No vemos las cosas como son; vemos las cosas como somos” (Anaïs Nin).

Los paradigmas se suceden unos a otros en un proceso inevitable. No sólo no tiene sentido compararlos –del mismo modo que sería absurdo pretender que una lengua fuera “mejor” que otra-, sino que es necesario aprender y ejercitar un respeto exquisito hacia los diferentes “idiomas” que hablamos las personas.

Sin embargo, hay dos cosas que parecen inevitables: por un lado, es prácticamente imposible que puedan entenderse –a nivel mental- personas que se hallan en paradigmas diferentes; por otro, es fácilmente comprensible que textos escritos en un paradigma ya superado resulten hoy insignificantes (carentes de significado) para quienes se encuentran en otro muy distinto.

Pues bien, a mi modo de ver, esto es lo que ocurre con cierto tipo de textos escritos hace cientos o miles de años, en un paradigma que

podemos designar genéricamente como “premoderno”, cuando se acerca a ellos alguien que se mueve en el paradigma de la postmodernidad.

Sólo por esta razón, los textos bíblicos –incluido el evangelio- necesitan de una “traducción” si queremos que sean “significativos” para quien ha nacido en la cultura postmoderna. Pero hay más. En el momento histórico en el que nos encontramos –al menos, en el ámbito noroccidental-, no se ha producido sólo un **cambio de paradigma**, sino que **parecen incubarse otros dos cambios de mucha mayor envergadura: en el “nivel de conciencia” y en el modelo de cognición.**

Permitidme recurrir a una imagen que, aunque no sea muy rigurosa, facilitará captar lo que quiero decir. Si un paradigma son las “gafas” o lentes a través de las cuales miramos la realidad, el nivel de conciencia son los ojos mismos y el modelo de cognición, el cerebro. Aun siendo un poco impropia, como decía, esta imagen nos puede dar una idea del cambio en el que nos hallamos. Con toda razón se ha hablado de un “cambio de época”, de un “nuevo tiempo axial” (Jaspers) o de una “mutación cultural” (Panikkar).

Solemos designar a los paradigmas más recientes como premoderno, moderno y postmoderno, los niveles de conciencia suelen clasificarse como arcaico, mágico, mítico, racional y transpersonal. Pero así como los primeros se modifican con cierta rapidez, estos otros tienen una duración mucho más extensa.

Por lo que se refiere a **los modelos de cognición, se distinguen fundamentalmente dos: el modelo dual (mental, egoico, cartesiano) y el no-dual (transmental, transegoico).**

El primero opera a partir de la dualidad inicial que la mente establece: sujeto/objeto, “el que conoce” frente a “lo conocido”. Este modelo, que ha caracterizado y “dominado” todo el pensamiento occidental, desde Aristóteles, ha dado lugar –en palabras de Raimon Panikkar- a los dos mitos típicos de Occidente, dos creencias tomadas como dogmas: que la individualidad es el valor más alto y que la razón es el modo supremo de conocimiento.

Sin embargo, cada vez nos vamos haciendo más conscientes de que existe otro modo de conocer previo a la razón y no mediado por ella. Con esto, no es que se menosprecie la razón ni, mucho menos, se exalte lo irracional; sencillamente, se la reconoce en su lugar, sin absolutizarla.

No parece necesario decir que el nivel de conciencia transpersonal –en tanto en cuanto, integrándolos, trasciende la mente y el yo- resulta absolutamente convergente con el modelo no-dual de cognición, que va también más allá de la mente. Se comprende, por tanto, que ambos cambios vengan de la mano, dando a luz al que hemos llamado **paradigma de la postmodernidad**.

Paradigma, nivel o estadio de conciencia, modelo de cognición: he ahí las realidades que, para los creyentes, están reclamando una “traducción” de los textos sagrados y de las fórmulas litúrgicas, si queremos que unos y otras puedan ser significativos –portadores de significado y, por tanto, de sentido- para los hombres y mujeres que hablan este nuevo “idioma”, se hallan en este incipiente nivel de conciencia y empiezan a atisbar un nuevo modelo de cognición[1].

¿Cómo entender nuestra fe cristiana desde el paradigma de la postmodernidad, en un nivel de conciencia transpersonal y en un modelo de cognición no-dual? Se trata de un ofrecimiento humilde y respetuoso con otras formas de lectura –al fin y al cabo, nos hallamos en un momento histórico en el que conviven “idiomas culturales”

diferentes, también en el seno de la Iglesia-, dirigido a aquellas personas que, por motivos de su propia evolución, se ven **incapaces de seguir leyendo aquel texto de una forma literal**. Deseo que esta propuesta de "traducción" pueda aportar coherencia, lucidez, descanso, amplitud, liberación...; en definitiva, que **ayude a vivir en profundidad**. Sólo me resta añadir que únicamente será comprensible desde el mismo modelo en el que se presenta, es decir, desde una perspectiva no-dual. Descalificar, desde un modelo mental, lo que aquí se diga, equivale a juzgar, por ejemplo, el idioma chino desde las claves del castellano.

Porque, en realidad, lo que se halla en juego no es un debate teológico (creer unas fórmulas o no); el problema es gnoseológico (tiene que ver con el modo de conocer, los presupuestos del mismo y la validez o no de las formulaciones mentales). Por decirlo con más claridad: no se trata tanto de clarificar las distintas "verdades" de nuestra fe desde el modelo mental, con argumentos a favor o en contra, cuanto de mostrar cómo pueden ser formulados desde el modelo no-dual. Por todo ello, me parece necesario aludir brevemente, en esta introducción, a lo más característico de dicho modelo.

Un giro decisivo: el agotamiento del modelo mental y la emergencia del modelo no-dual

Tenemos la convicción de que el modelo mental se muestra absolutamente incapaz de comprender y dar razón de la dimensión profunda de la realidad. Tiene su lugar y su interés en un nivel pragmático o relativo, pero desvaría cuando intenta explicar el conjunto de lo real sobre el presupuesto básico de la separación..., que el propio modelo crea y establece. Es ese presupuesto el que conduce constantemente a unas aporías irresolubles, tanto a nivel filosófico como teológico, entre las que Mónica Cavallé enumera las siguientes, como más básicas:

desde el yo como sujeto, el otro es inevitablemente objeto, lo no-yo;

el propio yo es objetivado, y termina siendo un objeto más dentro del mundo de los objetos; el motivo es que el yo sólo puede pensarse cuando dice de sí: "soy esto o lo otro", es decir, cuando se ha puesto predicados y adjetivos, cuando activa el mecanismo de la apropiación y de la identificación;

el Ser se ha visto fuera, separado del yo, como un objeto que éste pudiera conocer; se cayó en la trampa –inevitable para el pensamiento dual- de confundir al Ser inobjetivable con el ente;

del mismo modo se planteó la cuestión de Dios, sin advertir que, cuando se quiere llegar a él desde el yo pensante, no puede ser percibido sino como un "Dios-objeto". Este Dios objeto contenía ya en sí, desde el principio, el germen de su propia muerte; de ahí que la afirmación de Nietzsche –"Dios ha muerto"- no sea una proclama a favor del ateísmo, sino una simple constatación: el dios pensado era un mero objeto del pensamiento, una proyección mental;

la posibilidad de una relación con el mundo material que no conduzca a la explotación de la tierra[2].

Las consecuencias que se derivan de esta toma de conciencia son revolucionarias. En efecto, venimos a constatar que el pensamiento dual:

no puede dar cuenta del yo (del conocedor en cuanto tal);

objetiva el Misterio: del Ser hace un ente, y de Dios un ídolo separado;

está incapacitado para comprender el propio comprender;

escinde la realidad, dejando fuera lo más decisivo (lo no objetivable); pero además tampoco puede acceder a la realidad del mundo objetivo (incluso el verdadero sí mismo de lo que denomina "realidad objetiva" se le escapa).

Forzosamente, el modelo debía entrar en crisis, pues la conclusión a la que llega es, sencillamente, insostenible, porque el Ser no es algo objetivado, ni algo que se pueda conocer mentalmente, sino "algo" que se vive experiencialmente. Lo que es, es. Y lo que es no puede ser delimitado ni objetivado, escapa a los límites de la razón dual.

Por eso, también es ahora cuando podemos percibir mejor, tanto el olvido como el engaño, que habrían de conducir al modelo mental a su propio agotamiento. Desconoció y olvidó nada menos que otra forma de conciencia previa al pensar. Nos hizo creer que no había más que razonamiento, pero terminamos descubriendo que el yo cartesiano auto-dividido y auto-clausurado no puede ir más allá de sí mismo. No es extraño que haya sido el propio modelo el que terminara abocado al relativismo y al nihilismo (en filosofía) o al ateísmo (en teología).

En pocas palabras, el modelo dual de cognición, en cuanto intento de explicación última de la realidad –tal como han puesto de relieve las aporías a las que conduce- estaba condenado a morir por extinción. Aun reconociendo su aptitud para moverse en el ámbito de lo relativo y en el mundo de los "objetos", ha terminado mostrando su radical incapacidad para dar razón del misterio último de lo real. Por una razón simple: porque, para él, todo son "objetos". Por eso, en la práctica, aun afirmando lo contrario, parte de un presupuesto no confesado que elimina la posibilidad misma de un Sujeto o Conciencia.

Es comprensible que quien se halla identificado con el modelo dual de cognición –y ha tomado como "definitivo" el modo mental de acercarse a la realidad- se resista a ver las cosas de otra manera. Sin embargo, nuestros miedos no podrán detener el cambio que se está operando y que no se refiere a cuestiones más o menos periféricas o coyunturales, sino que toca nada menos que la naturaleza misma del conocer. ¿Qué es el "conocer"?, ¿cómo conocemos?, ¿cuál es la naturaleza de lo percibido?... Son interrogantes tan decisivos que no es extraño que muchas personas se sientan removidas y, desde ahí, descalifiquen a quien las plantea.

Sin embargo, la crisis de este modelo cartesiano es sólo eso: agotamiento de un modelo. Como escribe la propia M. Cavallé, constatado el engaño al que conduce el pensamiento dual, se hace evidente que "estas contradicciones y límites sólo dejan de ser tales para aquella modalidad del conocimiento que no objetiva y clausura lo conocido, sino que lo respeta en su carácter inobjetivable; para el modo de conocer no dual, no relacional, en el que el conocedor, el conocer y lo conocido son uno y lo mismo"[3].

Y es que la intuición quizás más revolucionaria de la postmodernidad viene a provocar una subversión radical en el primer postulado del modelo mental, al sostener que **sujeto y objeto, hombre y mundo constituyen una unidad indisoluble.**

Es la misma afirmación, por otra parte, de la **física moderna**, para la que la primera constatación puede formularse de este modo: **todo se halla interrelacionado con todo.** Lo cual es tanto como afirmar que la realidad fundamental es la interdependencia; no se puede hallar nada que exista por sí mismo.

Habitualmente, en nuestra visión de la realidad, hemos venido funcionando con un mito, al que hemos dado por absolutamente válido: al acercarnos al exterior, todos percibiríamos lo mismo..., porque existe un "exterior" objetivo y "ajeno" a nosotros.

Sin embargo, la física moderna viene a asegurarnos que no existe algo "ahí fuera" de nosotros. Todo se halla inextricablemente interrelacionado con todo, por lo que el universo no es algo que exista "ahí fuera", y del que el observador se encontraría separado. Más bien al contrario, es un universo participativo.

Por un lado, sabemos que el observador altera lo observado por el mero acto de su observación. Por lo que algunos científicos abogan por reemplazar el término "observador" por el de "participante" (J.Wheeler). Porque lo cierto es que no "observamos" el mundo; participamos en él.

Y, por otro, sabemos también que eso que llamamos "ahí fuera" no es como nuestros sentidos y nuestra mente creen que es. "Ahí fuera" no hay ni luz ni color, sino solamente ondas electromagnéticas; "ahí fuera" no hay sonido ni música, sino solamente variaciones periódicas en la presión del aire; "ahí fuera" no hay calor ni frío, sino solamente moléculas que se mueven con mayor o menor energía cinética media..., y así sucesivamente. Lo que hay, tanto "fuera" como "dentro", es un torbellino vertiginoso de ondas/partículas en diferentes intensidades de vibración.

En lo que se refiere a "nosotros", podría decirse que somos, a la vez, una expresión más de ese mismo torbellino y la Conciencia que lo está provocando o de la que está emergiendo. Y todo ello, de una forma no-dual.

El rasgo característico y distintivo del nuevo modelo de cognición es, precisamente, la no-dualidad. Ahora bien, si la realidad no-dual no deja nada fuera de sí, ¿cómo poder situarla ante los ojos?

Con ello, tocamos el nervio del nuevo modelo. El anterior se basaba en la distinción entre sujeto (mente) y objeto (mundo de "ahí fuera"). Pero, en el nuevo modelo, es nada menos que este postulado el que cae por tierra. No hay tal separación. Dicho con otras palabras, **la realidad no-dual no puede pensarse.**

La filosofía occidental llegó a definir la verdad como "adequatio rei et intellectus", la adecuación entre la cosa y la representación que de ella se hace nuestra mente. Pero esta concepción de la verdad es dualista. Es significativo que los antiguos griegos entendieran la verdad como "a-létheia" (sin velo). Cuando "quitamos el velo" que supone nuestra identificación con la mente, es cuando emerge la Verdad de lo que es. Eso significa que la Verdad es una con la Realidad. Cuando, por el contrario, pretendemos reducirla a la mente (a una creencia), la objetivamos y entramos en el reino de la confusión y de los malentendidos que dividen y producen sufrimiento inútil.

Pero la Verdad no es un objeto mental –igual que Dios tampoco lo es-. Es lo que no podemos pensar, la fuente radical y primaria de todo lo que existe. La verdad es Lo Que Es (sin objetivarlo mentalmente). Y la experimentamos cuando acallamos la mente separadora y nos dejamos ser en la pura consciencia de ser.

Podemos resumir todo lo anterior concretamente en estos dos puntos:

En cuanto acallamos la mente, percibimos que no hay nada separado de nada. Siempre y todo es el despliegue, aquí y ahora, del Misterio. Por tanto, a ese nivel profundo, todo está bien. Este es el núcleo de la perspectiva no-dual.

Pero este modelo encierra una paradoja, que constituye una exigencia de humildad: de la no-dualidad no podemos hablar adecuadamente, porque la palabra –como la mente- es dual. La podemos apercibir inmediatamente, la podemos ser..., pero el pensamiento será sólo aproximativo, como señal que “apunta” hacia una dirección que resulta inapresable para nuestra mente.

Ya dentro del terreno específicamente religioso, desde la perspectiva no-dual se nos hace evidente que la idea de un “Dios separado” es una creación de la mente, que va de la mano de la percepción errónea de uno mismo como “yo separado”. La misma mente que me hace percibirme como “yo” (individuo aislado) –“individuo” es sinónimo de “separación”: y ambas creencias, absolutizadas, son producto de la mente- me lleva a percibir a Dios también como “Un Ser” (individuo aislado). **Ahora bien, si dejas de verte a ti mismo como “yo separado”, ¿qué pasa con tu idea de “Dios”?**

Con esta clarificación introductoria en torno al “modo de conocer”, podemos acercarnos ya al objeto específico de nuestro taller: descubrir quiénes somos, cuál es el misterio que nos habita y que es la fuente de toda existencia, pero desde este nuevo modelo de cognición, con todo lo que ello implica; una relectura que conlleva un nuevo “modo de

ver” y que a algunos puede sonarle como un giro de ciento ochenta grados. Pero que me parece, no sólo legítima, sino imprescindible.

[1] Sobre este “triple nivel” (paradigma – estadio de conciencia – modelo de cognición), referido al cambio religioso que estamos viviendo, remito al estudio que he hecho en dos libros anteriores: E. MARTÍNEZ LOZANO, ¿Qué Dios y qué salvación? Claves para entender el cambio religioso, Desclée de Brouwer, Bilbao 22009; y La botella en el océano. De la intolerancia religiosa a la liberación espiritual, Desclée de Brouwer, Bilbao 22009. Sobre la perspectiva transpersonal, K. WILBER, Más allá del Edén. Una visión transpersonal del desarrollo humano, Kairós, Barcelona 22001; ID, Breve historia de todas las cosas, Kairós, Barcelona 1997; ID., Sexo, ecología, espiritualidad. El alma de la evolución, Madrid, Gaia 22005; ID, Espiritualidad integral. El nuevo papel de la religión en el mundo actual, Kairós, Barcelona 2007. Sobre el modelo no-dual de cognición, J. FERRER, Espiritualidad creativa. Una visión participativa de lo transpersonal, Kairós, Barcelona 2007; y M. CAVALLÉ, La sabiduría recobrada. Filosofía como terapia, Martínez Roca, Barcelona 2006; ID., La sabiduría de la no-dualidad. Una reflexión comparada entre Nisargadatta y Heidegger, Kairós, Barcelona 2008.

[2] M. CAVALLÉ, La sabiduría de la no-dualidad. Una reflexión comparada entre Nisargadatta y Heidegger, Kairós, Barcelona 2008, p.30.

[3] M. CAVALLÉ, La sabiduría de la no-dualidad..., p.441.

